

de una pequeña República para que los que en ella se forman sean aptos á vivir luégo, con disciplina y con honra, en el seno de la Patria grande.

Y el Dr. Carrasquilla predica con la palabra y con el ejemplo; única manera de que la doctrina tenga eficacia; pues si como dijo Horacio, nada valen las leyes sin las costumbres, ¿qué precio podría darse á una doctrina preconizada en la cátedra y contradicha luégo en la conducta? Pero la vida del Dr. Carrasquilla tiene la unidad que dan la ciencia y la virtud; y no sé qué pueda influir más poderosamente en vuestros ánimos, jóvenes alumnos del Colegio del Rosario, si las sabias lecciones de vuestro Rector, ó el ejemplo de sus actos como sacerdote y como ciudadano.

He dicho.

ANTONIO GOMEZ RESTREPO

Octubre 23 de 1906.

EL ÚLTIMO PENSAMIENTO

I

Razón sobrada tenía James D. Mac Teaneth al adoptar aquella resolución.

Quinto hijo del pastor presbiteriano de la parroquia de Wortstworth, vio cerrados ante sí, por haberlos emprendido sus hermanos mayores, los únicos caminos que se le hubieran podido ofrecer para medrar en el mundo.

El bondadoso cura haba leído la obligación que tienen los ministros de la divina palabra de aumentar el número de los creyentes; y como en su feligresía no había infieles que convertir, cumplió su cometido dándole á su iglesia doce individuos más, entre hijos é hijas, amén de dos para el cielo, porque murieron en la cuna después de bautizados.

James, pues, se amparó al heroico partido de enrolarse en el Cuerpo de voluntarios que, al mando del Coronel Wilson, había de marchar á América, en auxilio de los patriotas que en Venezuela y Nueva Granada andaban empeñados en sacudir el yugo de la madre patria española. Dióle su padre cinco libras esterlinas, que era harto más dar de lo que consentía su pobreza, la doble bendición paternal y pastoril y no pocos rectos y saludables consejos; y con tan buen bagaje, salud completa, la alegría de los diez y ocho años no cumplidos, el gozo de conocer tierras y mares y un mundo de ilusiones dentro del pecho, se embarcó con rumbo á Venezuela.

Contra el común sentir de que todo inglés ó escocés ha de ser alto de cuerpo, blanco de cutis, serio de rostro, tieso en el andar, de ojos azules y rubios cabellos, James era pequeño, vivaracho, locuaz como un marsellés, ojinegro y pelioscuro. Tenía lo que en la Gran Bretaña llaman *humour*, que es un brote del espíritu regocijado y agudo, muy distinto de lo que apellidan *esprit* los franceses; así como entrambos se diferencian del gracejo ó chiste español. En suma, que al soldadico aquél no le cabía el alma en el cuerpo, ni la imaginación en el cerebro, ni el corazón en el pecho.

No llegó á marearse ni un minuto; fue el gozo de sus compañeros, y de los tripulantes del buque; y mientras sus camaradas y los pocos pasajeros que iban al Nuevo Mundo se estaban tendidos sobre cubierta, fumando y soñando despiertos, él andaba con los grumetes, aventajándolos en agilidad y vigor, trepado en las gavias, desde donde dirigía graves saludos á los oficiales, apenas les veía volver el rostro ó las espaldas.

En fin, tras larga y penosa navegación, desembarcaron en Angostura, á principios de 1818. El joven Mac Teaneth se halló en gran número de acciones de armas, y vencedor unas veces, vencido ó rechazado otras, logró distinguirse por su arrojo extraordinario entre aquella legión de héroes

á quienes tanto debió la Independencia, y cuya memoria es sagrada para todo colombiano amante de las glorias de su Patria. Tanto brilló, que en 1821 había alcanzado el grado de Alférez; y cuidado que entonces cada ascenso no se lograba sino por alguna proeza distinguida.

En los llanos de Apure le enviaron una noche, con veinte hombres, á reconocer el enemigo. Avanzó con la mayor cautela posible algo así como una legua, á la luz incierta de una luna apenas creciente, y topó con un batallón español. Los vencedores de Bailén saludaron á nuestro Alférez con una descarga cerrada, y se vinieron sobre el grupo patriota como el rayo, con movimiento envolvente por el costado izquierdo. James tenía orden de no combatir en ningún caso, y emprendió rápidamente la retirada por el límite de un espeso bosque que á la derecha le quedaba. Un cuarto de hora habría andado sintiendo el zumbido de las balas peninsulares, cuando el caballo cayó en uno de los esteros pantanosos del llano. Creyó el jinete que se trataba de algún zanjón de tolerable latitud; puso espuelas á la cabalgadura, que era un potro apureño de brío; pero sólo consiguió que el bruto avanzase unas pocas yardas, dando dos ó tres tumbos poderosos, donde quedó sepultada hasta la cruz en el cieno espeso y pegajoso. Entre tanto la luna se había escondido; gruesas nubes envolvieron el firmamento, que se cubrió de tinieblas palpables.

Un relámpago que brilló en el cielo, seguido del fragoroso estallido del rayo le dejó ver el sitio en que se hallaba preso y lo irremediable de su situación; pero le mostró también delante y un poco á la izquierda de las orejas del caballo, una breve eminencia ó mogote, como allí la llaman, cubierta de grama, y sobresaliente en unas pocas pulgadas de la superficie del pantano. Zafó, no sin trabajo, los pies de los estribos, y con esfuerzo mayor todavía desprendió las piernas de aquellos grillos de novísima invención; puso de pie sobre la silla, que apenas se levantaba medio palmo del fango, y esperó á otro relámpago para dar el salto á la minúscula isla.

No tardó el nuevo resplandor; el Alférez brincó con tino y buen suceso, y ayudándose de las manos se sentó en el mogote, que no tenía media yarda de diámetro, con los pies encogidos y las rodillas dobladas. Forzoso era aguantar el resto de la noche en aquella posición tan poco elegante y cómoda hasta el amanecer del día siguiente. Cuando saliera el sol, ya se vería lo que conviniera hacer.

Pasó media hora, que á nuestro héroe se le hicieron cuatro, y durante la cual cambió hasta tres veces de postura, un rato en pie, con ambos juntos como estatua en su base; otro en cuclillas como ídolo muisca. De esta última manera se hallaba, con las manos en las espinillas, cuando sintió á orillas del estero pasos y ruido de armas. Tornóse á iluminar el espacio, y se oyó una descarga de fusilería. Quedó otra vez el cielo como bayeta negra y volvió á reinar el silencio. Mac Teaneth sintió en la mano algo caliente que corría por ella; llevóse á los labios y el sentido del gusto le persuadió que aquello era sangre. A poco un escozor más y más vivo, seguido de dolor agudísimo, le hizo saber que le habían herido en la pierna izquierda, abajo de la rodilla. Empezó á sentirse sin fuerzas, parecía que aquella esfera negra que lo envolvía estaba dando vueltas al rededor suyo; bajó las piernas y las metió entre el lodo, el cual tapó mecánicamente la herida, é impidió que continuara la hemorragia; se aferró con las manos de la grama que tapizaba su rústico asiento, y á poco no volvió á saber de sí, ni de lo que estuviera sucediendo en rededor suyo.

Despertó de día en la tolda del cirujano de la Legión, que estaba haciendo los preparativos para cortarle la pierna, hinchada, adolorida, con puntos ya de gangrena. No se conocían entonces ni antisepsia ni cloroformo; sentáronlo en una silla, con las piernas colgando, y el impávido galeno le hizo la amputación ayudado por un sargento y un cabo, sin que, durante ella diese la víctima, no digo un grito, pero ni un suspiro siquiera.

Sanó, más por los pocos años y lo recio de su complexión, que por los cuidados que tuvieron con él, que fue-

ron ningunos; y reemplazó la pierna cortada con un trozo de palo, que le acomodó un ingenioso soldado venezolano, carpintero en tiempos mejores. Aún no había sanado el herido por completo, cuando se dio la gloriosa batalla de Carabobo, que selló la Independencia de Venezuela. Bolívar, que oyó referir á los Oficiales de la Legión Británica la aventura de James, quiso verlo. Entró á la choza donde estaba el herido medio acostado en una hamaca. Se acercó á él rápidamente, sin darle tiempo de incorporarse, y, poniéndole la mano en la frente, le dijo:

—¿Cómo va esa pierna? Teniente.

—Alférez solamente, Excelencia.

—No se diga que el Libertador de Colombia ignora los grados de sus Oficiales, Teniente Mac Teaneth. Diga usted á Briceño, añadió mirando á su edecán, que extienda hoy mismo el nombramiento y expida los despachos.

El pobre mutilado quiso responder, pero la voz se le anudó, dos lagrimones de gratitud rodaron por sus mejillas, y tomando la mano del Libertador la llevó respetuosa y tiernamente á los labios.

—Si usted no estuvo en la gran batalla de ayer, no fue por culpa suya, añadió Bolívar. Así es que tendrá usted la medalla de Carabobo.

Unos meses después, emprendió James viaje á la capital de la República, á reclamar sus sueldos no devengados y la recompensa pecuniaria que le correspondía conforme á las leyes. Largo y penoso fue el tránsito, pero por fin se halló en Bogotá, tan sano y regocijado como había salido de Inglaterra, con una pierna menos y una charretera más, la cruz de Carabobo en el pecho, veintiocho reales en el bolsillo, y un loro alborotador y parlachín en el hombro.

Diéronle como haber militar ochocientos pesos en dinero, pagáronle harto mermados sus atrasados sueldos y raciones; y como advirtió que el frío de las llanuras altas le hacía doler la cicatriz más de lo que él quisiera, compró en una de las tierras calientes menos lejanas de Bogotá,

unas fanegadas de terreno á medio cultivar, con su casita pajiza en el centro y algunos árboles frutales ajenos al riego y á la podadera y medio ahogados por la maleza.

Limpió y pintó de nuevo la habitación, adornóla con grabados de periódicos ingleses, menos la salita, donde no había más pinturas que un retrato del Libertador Bolívar, con los brazos cruzados, y otro del Duque de Wellington, con capa y sombrero de copa alta; amuebló los cuartos con seis sillas de paja, una hamaca de lino, mesa amplísima, que así servía de escritorio como para comer en ella todos los días y para aplanchar la ropa una vez á la semana. El huerto se cercó con guadua picada, mondáronse los árboles, que alternaron con arbustos de rojo y jazmín, y una bellísima envolvió con sus profusas florecillas rosadas las columnas del corredor y trepó hasta la cumbre del techo pajizo.

Los demás habitantes de la granja aquella eran un perrazo lanetas que respondía al nombre de Turk, unos toches en sus jaulas de caña, y, en el pesebre, una yegua rosada sin una oreja. No enumero, por decoro, una docena de gallinas y dos cerdos que andaban sueltos en los alrededores de la casa. He dejado aposta para lo último los dos vivientes principales de la casa, por ser los que desempeñan papel principal en esta verídica historia. Uno era el loro, que no cesaba de vociferar, llamando las gallinas, arriando las mulas, llorando y riendo y formando las más enrevesadas combinaciones de inglés y castellano:

—Thrice welcome Death! Ave María Purísima. Oh dear me! Piu, piu, piu. God save the king! Patojito real, daca la barca. Encarnación!

La otra individualidad era la criada del Teniente, muchacha calentana de color de guayaba madura, grandes ojos rasgados, trencitas de pelo negro que no le alcanzaban ni á los hombros, desmedrada de cuerpo, pero garbosa en los meneos y el andar.

Con aquella inquietud que le distinguía, James no paraba más de tres días en casa. Andaba de uno en otro

pueblo, tratando y contratando para lucrar el pan de cada día; y más que el pan, se ganaba las simpatías y voluntades de cuantos le iban conociendo. Un día salió temprano de un pueblo ribereño del Magdalena, y anduvo sin parar por aquellos llanos con un solazo que derretía las piedras. A la caída de la tarde, se nubló de repente el cielo y empezaron á descender unos goterones como pesetas; á poco se convirtieron las gotas en chorros de agua y se desató una lluvia desahorada. El Teniente, bien defendido con su impermeable, no aflojó el paso, hasta que llegó á una de aquellas corrientes que son, en verano, un hilito de agua medio escondido en un lecho hondo y pedregoso; y en invierno son torrentes invadables. Bien advirtió él que la quebrada iba crecida, pero no hasta qué punto. Acercó su cabalgadura á la orilla; la yegua bajó la cabeza, olfateó el agua y resopló con violencia; animóla el jinete con un toque en las riendas y una caricia con los talones, y el valiente animalito se lanzó al torrente. Dio tres ó cuatro pasos con el agua á la cincha, y al avanzar uno más, se halló sin fondo y empezó á nadar hacia abajo, impelida por la corriente. Por fortuna el caballero era ágil como un mono, y no obstante la pierna que le faltaba, no perdió la silla; y la yegüita, á pesar de su mezquino aspecto, era veterana en semejantes aventuras. Total: que salieron la rosada y el inglés media cuadra abajo, á la ribera opuesta; el irracional, que no lo pareció entonces, con una herida en la pata; y el racional, que no lo estuvo mucho, empapado hasta los huesos.

Dos horas más tarde, ya cerrada la noche, llegó á su casa; apeóse con harto trabajo, porque sentía el cuerpo molido como una alheña; mudóse ropa, pero no quiso pasar bocado. Se acostó temprano con un dolor dilacerante en las sienas; le sobrevino un violento calofrío, seguido de intensa calentura, y á eso de las nueve quedóse como un leño, sin movimiento, sin habla y, al parecer, sin conocimiento ni sentido.

Así se estuvo cinco días, durante los cuales la criada no se apartó, ni á sol ni á sombra, de la cabecera del enfermo, salvo los ratos que pasaba en la cocina preparándole el caldo que le daba á cucharaditas, y los remedios case-ros que le administraba según su leal saber y entender. Médico, no se llamó, ni se habría podido tampoco; que no lo había en ningún pueblo á la redonda. Zumo de pelá y limonadas con azúcar, volvieron al inglés á la vida. Una mañana sudó copiosamente, la frente y las manos se refrescaron, y el enfermo abrió los ojos como quien despierta.

Miró asombrado en rededor suyo, y luégo, con voz apenas perceptible, dijo:

—Encarnación, usted ha cuidado mucho á mí. Gracias.

—No hay de qué, míster, contestó ella.

Un minuto después, ensayó una sonrisa y añadió:

—¿Por qué ha cuidado usted á mí? Encarnación.

—¡Mire qué cosa! Porque me da lástima verlo malo, y porque es obra de caridad, y también....

—¿Por cuál otra cosa? Encarnación.

—Porque le he cogido cariño, míster.

—Yo también tengo cariño á usted. Yo quiero casarme con usted, Encarnación.

A esta declaración y propuesta de matrimonio, que sería inverosímil si no hubiera sido cierta, no respondió la interesada, sino el loro, soltando una risotada y prorrumpiendo: Ja! ja! qué risa me da. God save the King! ¡Que toquen bonito que quiero bailar!

Encarnación se refugió en la cocina, y al pasar por la estaca del loro, le dijo:

—Patojo, te doy parte de que me voy á casar con el míster.

—¿Ya ve? contestó el animal con imperturbable seriedad.

El casorio no se llevó á cabo sino casi un año después, porque hubo que mandar hasta Roma por la dispensa.

El Teniente Mac Teaneth no recobró jamás su antigua envidiable salud: quedó resentido del hígado, y de cuándo

en cuándo tenía ataques de lo que entonces llamaban calenturas tercianas, y en la novísima lengua científica se llama paludismo. Además, cuando andaba largo á caballo ó á pie sentía violentos dolores en el dedo gordo del pie que estaba enterrado con su media pierna correspondiente en los Llanos de Apure.

Trabajaba poco, viajaba menos y leía más: periódicos ingleses que recibía un su compatriota en Bogotá, y que después de estudiados por él y por otros tres ó cuatro súbditos británicos, llegaban á poder de James diez meses cuando menos después de haber salido de las prensas. Lo que hubiera hecho mermar la hacienda la relativa ociosidad del marido, lo compensó con creces la diligencia de la mujer, que era una hormiguita para esto de ganar el pan con el sudor de la frente; maldición que nos cumple á los varones, pero que la calentanita había tomado para sí como la mayor de las bendiciones celestiales. A cuadra y media de la casa, á la vera de un sendero que ligaba unas con otras varias de las haciendas más ricas de aquellos contornos, formó una barraca consistente en cuatro palos recios hincados en el suelo, con techo de palma, paredes de lata de guadua, puerta de lo mismo, estante de tres tablas superpuestas y mostrador de cañabrava. Aquel gasto, como lo llamaban los peones, atraía á los de cuatro ó cinco trapiches vecinos, que dejaban los sábados en la noche, y los domingos de aurora á ocaso, todos ó casi todos los salarios semanales en manos de Encarnación, á cambio de sancocho, rosquillas de maíz, guarapo fuerte y aguardiente nada flojo. ¡Las marimorenas que se armaban allí! ¡Y qué palabrotas! ¡Y cuando zumbaba el garrote y brillaban los cuchillos cabiblanco! Encarnación, amparada por su mostrador, como torero que ha tomado el olivo, veía y oía aquellos zipirapes tan impávida como su marido delante de los tercios de la infantería española.

Si James D. Mac Teaneth había perdido un tercio de su salud y dos de su diligencia, en nada veía mermado su humor regocijado y picaresco, ni la permanente alegría de

su espíritu, ni aquella filosofía práctica que le hacía tomar las cosas y los casos por donde menos quemaran. Era queridísimo de todos sus vecinos y popularísimo en el pueblo, donde aparecía de cuándo en cuándo los días de mercado. Le estimaban no sólo por el buen carácter, sino porque era rectísimo y veraz, honrado hasta el escrúpulo, delicado en sus proceder hasta la nimiedad, generoso hasta rayar en prodigio.

Sólo era mal humorado y hasta agresivo, cuando se trataban asuntos de religión ó de política. Presbiteriano intolerante, no transigía con quien pensara de manera diferente de la suya; lo que no obstaba para que fuese buen amigo del Cura, quien se cuidaba de tocarle en la conversación materias religiosas. En política fue boliviano entusiasta, ministerial más tarde, conservador al fin de sus días. Detestaba á Santander, á Obando, y más tarde á Mosquera; pero era amigo y defensor de López. Cuando delante de él se nombraban juntos á López y á Obando, en són de elogio ó de censura, decía:

—Por mí, Obando y López son la misma cosa; con esta diferencia que son todo lo contrario.

Para concluir, y porque no se crea que soy parcial á favor de mi héroe, confesaré que algunos domingos por la tarde se encerraba en su aposento con una botella, que las gentes mal informadas suponían ser de whiskey, pero que la verdad sea dicha, era de puro anisado. Ni puedo callar que el lunes amanecía el Teniente triste y desmirriado y la botella completamente vacía.

La gente tradujo el nombre James, no por Jaime, ni aun por Jacobo, sino por la españolísima forma de Santiago; y el mismo vulgo, abusando de su carácter de *jus et norma loquendi*, convirtió el apellido Maç Teaneth en Martínez, cosa que lejos de enfadar al veterano, le hacía muchísima gracia. D. Santiago Martínez, ó el cojo Martínez, vino á ser el nombre del antiguo soldado de Bolívar, y en esa forma heredaron sus hijos el apellido y con ella firma su biznieto los presentes recuerdos.

II

De aquel matrimonio, si jamás cariñoso nunca mal avenido, nacieron, con intervalo de cinco años, dos hijos: varón y mujer. El primogénito, que fue mi abuelo, era de chico un muchachazo moreno, rollizo, de cabello cerdoso que casi lindaba por delante con las cejas. Se crió en camisa, primero en cuatro y después en dos patas, mocososo, mugriento, en compañía de las gallinas y los cerdos. A los dieciocho años sabía leer á tropezones, contar en los dedos, firmar con unas letras tamañas; pero en cambio, enlazaba un toro á treinta yardas de distancia, domaba un muleto bravo hasta convertirlo en manso cordero, nadaba como un pez, y daba un bofetón, cuando la ocasión era llegada, que si diera el segundo, no habría quien contara el cuento más tarde.

Debajo de aquellos exteriores espinosos como de higo chumbo, tenía un corazón sanote y dulce como la pulpa del precitado fruto.

La mujercita, que respondía al nombre de Nelly, en cumplimiento de ley de atavismo era rubia, pero de un rubio pálido como lino al natural, ojiazul, blanca y rosada como concha de caracol marino, de facciones irregulares, dientes espléndidos, carácter de paloma. Le dieron mejor, ó digamos menos mala educación que al hermano. Tuviéronla un año en la escuela de la villa, y de allí pasó al Colegio de La Merced, donde los merecimientos de su padre para con la Patria le alcanzaron una beca gratuita. Aprendió á leer bien, escribir pasablemente, las cuatro reglas de aritmética y alguito de geografía; de historia profana lo suficiente para saber quién fue César, qué ciudad enervó al grande Aníbal, cuyo era el caballo Bucéfalo, y cuál el primer emperador cristiano. Cosía que era maravilla, calaba y bordaba lindamente y hacía encajes como una flamenca. Piadosa, buena, tímida en demasía, se sonrojaba de la brisa, cuánto más de las gentes.

Algunas frases que le aprendió á su padre, diez lecciones que le dio una inglesita su amiga en vacaciones, y un texto de Robertson que ella estudiaba por sí, le comunicaron un mediano caudal de lengua inglesa, pero con una pronunciación tan netamente granadina y después colombiana, que ni el más perspicaz de los súbditos de su Graciosa Majestad le habría entendido ó adivinado una palabra.

Un día que Mr. James convidó á almorzar á dos compatriotas suyos recién llegados á la comarca y ayunos de toda palabra castellana, la maritornes de servicio hizo, al pasar los platos, una barbaridad de padre y señor mío. Nelly enrojé como la grana y miró á su padre.

—Diga usted, le observó James, diga usted á este animal lo que ella debe hacer, pero dígalo usted en inglés, porque estos señores no le comprendan.

Con lo sonrojada que vivía con las chanzonetas del papá, sin mimos de la madre, que no tenía espacio sino para atender á la hacienda y los negocios: en aquel campo retirado de toda amistad y trato, la pobre Nelly concentró toda la ternura de su alma en el loro, en aquel loro bilingüe que el Teniente había traído de sus campañas gloriosas. Lo acariciaba, lo cubría de besos, le confiaba gozos y pesares; y preciso es ser justo al reconocer que el confidente aquél jamás reveló los secretos de su señora, á pesar de la intemperancia de lenguaje que lo distinguía. Cada mes enriquecía su léxico alguna nueva frase que Nelly le enseñaba, desmintiendo el proverbio de que loro viejo no aprende á hablar. Aunque ahora advierto que, atendida la longevidad de esos animalitos, el de casa no era loro viejo, sino loro maduro, lo que no impedía que fuera perfectamente verde.

Lo que más agradaba á Nelly en boca, ó digo mejor, en pico del loro, era una balada inglesa que Mr. James canturreaba con frecuencia, y cuyo estribillo era

My last thought for him.

Que en castellano significa: Para él mi último pensamiento.

Con su poquito de inglés granadinizado, la sangre británica que tenía de su papá, el color de los ojos y del cabello y su nombre de Nelly, la excelente criatura se persuadió que era inglesa de cepa, súbdita de la Reina Victoria, y tan auténtica anglosajona como el duque de Norfolk. No pasó por la traducción de su apellido, como el vulgarote de su hermano, que firmaba Emeterio Martínez, sino que ponía al pie de sus cartas Nelly Mc. Teaneth; y á pesar de su buen natural, tuvo un berrinche tremendo un día que recibió una carta á la Srita. Elena Martínez. Sacrificaba con frecuencia al honor de su nombre la jícara de espumoso chocolate que le llevaban de desayuno y de merienda, apechugando con la taza de sutilísimo té que ella misma fabricaba. Y, no teniendo mejor empleo que darles, malbarataba sus frases inglesas dirigiéndolas á la cocinera ó á los peones del trapiche.

—Filomena, un poco de agua! Són uota, plis.

—¡Adiós, Mateo! Ai bi yu feruel.

Sucedió, pues, que arribó por aquellas tierras un ingeniero mozo y buen mozo, enviado por una compañía industrial de Manchester, á ver de averiguar por unos yacimientos de hulla que se suponía existir por allí. Era alto, recto y delgado, sin pelo de barba y con aspecto de niño el rostro, valiente ante fatigas y riesgos, pero casi tan corto de genio como Nelly, para esto de las sociales relaciones. Como lo que voy narrando no es novela, sino historia que pretende ser verídica, abreviaré diciendo que al inglesito le gustó mi tía Nelly, que él fue de todo el agrado de ella; que se comunicaron sus impresiones, y que convinieron en que Peak, que este era el nombre del mancebo, hablaría con D. Santiago. La conferencia estaba fijada por los dos cuasi novios para el 1.º de Enero, día en que Peak estaba convidado á comer en casa de Mac Teaneth. Ni este último ni su mujer sabían, ni maliciaban jota del idilio.

Resolvió el ingeniero aprovechar la mañana de aquel día en reconocer un abandonado socavón, situado entre malezas tupidas en la falda del opuesto cerro, y que, según tradición de la comarca, había sido entrada á un rico yacimiento de carbón. Partió, acompañado del dueño del terreno donde la supuesta mina demoraba y de dos peones avezados á aquellos trabajos. El socavón tendría unas noventa yardas de largo, y no más de una de alto. Entró adelante, á gatas, un trabajador con un cabo de vela en la mano; seguiale Mr. Peak, doblado como una f, y portador de una piqueta de hierro. Los otros dos hombres quedaron en expectativa, en la entrada de la galería. Alcanzaron á oír los golpes del pico sobre la roca, y en seguida un estruendo semejante al redoble de un trueno lejano. El segundo obrero, sin vacilar, encendió luz y penetró en el antro. Minutos después el patrón lo vio salir gateando de espaldas. El socavón se había derrumbado en el último tercio de su longitud, dejando sepultados á los dos exploradores.

Nelly había estrenado aquel día un blanco traje de gasa, ceñido con ancha cinta azul y se había adornado los cabellos con un hermoso jazmín del cabo. Acodada á la barandilla del corredor fronterero, estaba por la tarde, soñando despierta y mirando el camino por donde debía llegar el ingeniero, cuando vio que adelantaba hacia la casa un hombre á caballo, seguido de cuatro peones que llevaban á hombros una camilla rústica, cubierta de hojas verdes. Dióle el corazón un vuelco; los caminantes llegaron, subieron las gradas, y sin explicación alguna, pusieron casi á los pies de la infeliz muchacha, el cadáver ensangrentado y enlodado del bizarro Peak.

A los gritos con que el de á caballo llamaba á D. Santiago, acudieron todos los habitantes de la casa. La pobre Nelly se quedó clavada en su sitio, blanca como un papel, con los ojos saltados é inmóviles. Unos minutos después rompió en sollozos, seguidos de llanto copiosísimo. Sus

padres atribuyeron aquella crisis al espanto que ocasiona á una muchacha tímida la vista inopinada de un difunto.

Aquel día terminó para la cuitada la modesta felicidad de su vida, presa como quedó de un dolor tanto más punzante cuanto no se consolaba revelándose, ni se aliviaba con lágrimas, ni se mostraba con un vestido de luto. Siguio la valiente niña con su cruz á cuestas, sostenida por la honda piedad cristiana que le había infundido, en la época del colegio, un fervoroso y docto sacerdote.

Pero algo había que conceder á la flaca naturaleza; y Nelly reconcentró todos los afectos de su corazón en el loro, en quien parece que hubiera imaginado transmigrada el alma del ingeniero malogrado. Bautizó al pájaro con el nombre de Peak, cosa que á nadie chocó en la casa: tan inadvertidas así habían pasado las pretensiones del inglesito, tan en poco le habían tenido, tan sin pena los había dejado su muerte. Nelly acariciaba el pájaro con más ternura que antes, le contaba á solas sus quebrantos. Lo que más le repetía era esto: "Peak, óyeme bien: my last thought for you."

Y Peak solía repetir: "My last thought for him."

En 1861, en lo más crudo de la guerra civil, D. Santiago se acostó una noche tan bueno y sano. Cuando por la mañana fueron á llevarle el té y el agua caliente para afeitarse, lo encontraron cadáver. La mujer le siguió en breve al sepulcro.

No voy á narrarte, lector amigo, el matrimonio de mi abuelo, ni el nacimiento y casorio de mi padre, ni mi venida al mundo. Cosas todas fueron que nada tuvieron de extraordinario, y por lo tanto, si interesantes para mí, son para ti absolutamente indiferentes.

Bástete saber que á los diez años quedé huérfano, sin padres, sin abuelos, sin más deudo que la excelente tía Nelly. Ya su cabello no era rubio como lino nativo, sino blanco y brillante como plata; ya no tenía frescas y sonrosadas mejillas como concha de caracol marino, sino ros-

tro surcado de arrugas, como manzana marchita; pero conservaba sin mengua la inagotable bondad, el amor á todo lo británico, la fidelidad á la memoria del ingeniero y el cariño entrañable al loro, símbolo y encarnación para ella del primero, último y único amor de su vida.

Mi tía me sirvió de madre y de la más cariñosa y tierna de las madres; enseñóme lo que sabía, me costó más tarde educación en un Colegio de la capital; y llegó su ternura conmigo hasta confiarme una tarde de vacaciones la historia que yo acabo de narrar á mis lectores. Me permito faltar á la modestia, declarando aquí, como lo hago, que no fui ingrato con mi benefactora, y procuré aprovechar lo mejor que supe el tiempo de mis estudios.

Empezado el año de 1895, tomó mi tía la cuerda resolución de vender la hacienda paterna, y venirse á vivir á Bogotá. Viejecita y con salud cada día más quebradiza y precaria, ni le estaba bien la soledad de aquellos campos, ni ya le alcanzaban las fuerzas para beneficiarlos. Cuarenta mil pesos obtuvo de la venta, que impuestos á interés en manos probas y seguras, le daban con qué pagar los alquileres de la habitación, comer y vestir sin ostentación y tenerme como alumno interno en un colegio.

Pero sobrevino la última contienda civil, la que duró tres años y medio, la que hizo de Colombia un yermo inundado de sangre, la que renovó los horrores de la antigua guerra á muerte de Venezuela, la que hizo blanquear los campos con las osamentas insepultas de cien mil colombianos. Quiso apagarse el incendio con un diluvio de moneda de papel, perdió ella su valor, subieron las cosas de precio á las cumbres, y los cuarenta mil pesos aquellos, fruto del trabajo de tres generaciones de hombres honrados, quedaron reducidos á cuatrocientos! Los dolores del alma, la flaqueza de la ancianidad se sobrecargaron para mi buena tía con el peso de escaseces y miserias.

Llegó para ella la enfermedad postrera, breve pero dolorosísima, sobrellevada sin una sola queja. Recibió los sacra-

mentos con angelical fervor, y perdió á poco los sentidos. La estábamos acompañando la vieja doméstica de confianza y yo; el Cura de la parroquia la exhortaba á bien morir con blandas palabras.

De repente, abrió los ojos; girólos en rededor del aposento, y murmuró dulcemente:

—Peak, my last thought for you.

—¿Qué dice la señora? preguntó el sacerdote.

Oyó ella la pregunta; con un ademán le pidió al Cura el crucifijo, lo tomó con las manos trémulas y exangües, llevólo á sus labios, y dijo con voz perceptible y clara:

—Perdón, Señor.... Para ti, Jesús mío.... para ti solo.... el último pensamiento de mi vida!

Reclinó la cabeza en las almohadas y exhaló el alma.

El loro gritó en ese momento desde su estaca:

—God save the Queen! Pobrecito el patojito!

.....

Tengo veinticuatro años, ánimo para el trabajo, excelente forma de letra; sé de cuentas y entiendo bien y hablo el inglés no tan mal. Si el lector sabe de algún puesto vacante, le agradeceré me lo indique. Puede escribirme á Bogotá, Hotel Universal, calle 29, número 174.

OSCAR E. MARTINEZ

LECTURAS SOBRE EL ARTE DE EDUCAR

LAS POTENCIAS HUMANAS

Conocida la naturaleza del alma; estudiado el esqueleto, sostén de los órganos corpóreos, tiempo es ya de entrar en el estudio de las potencias humanas, el más sutil y delicado de la Filosofía, aquel en que la ciencia de las causas últimas ha adelantado menos, como si Dios hubiera querido descubrirnos lo que está fuera de nosotros, para revelarnos nuestra grandeza, y velarnos lo que dentro de